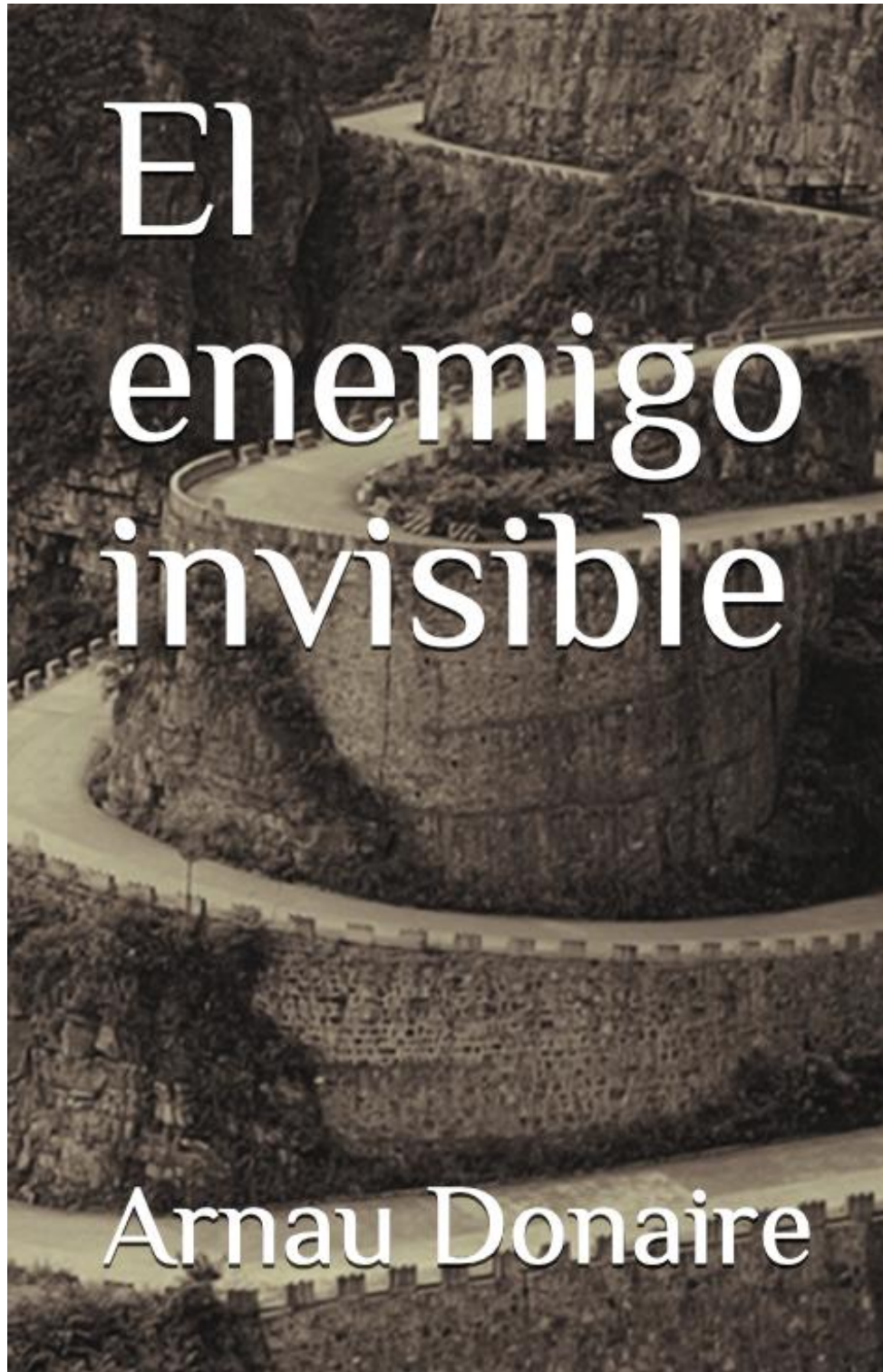


El enemigo invisible

Arnau Donaire



Capítulo 1

Anna

Empieza a oscurecer; un tono anaranjado se está apoderando del firmamento. Los ojos de Rodrigo comienzan a descansar un poco por fin. Los brillantes rayos de sol le obligaron a pasar todo el día frunciendo el ceño, hasta el punto de parecer casi un oriental, para no perder ni un momento de vista las hipnóticas líneas de la carretera. En el asiento del copiloto hay bolsas y envoltorios de comida rápida y una hoja con un plano impreso, como siempre inútil. «Bueno, llegaré tarde... No tenía que haber tomado esa salida...». El cansancio y la desesperación comienzan a hacer mella en Rodrigo.

Lo único que hay en su mente es buscar un sitio donde poder parar, estirar las piernas y telefonar a sus colegas para avisarles de que llegará con una «ligera» demora. Seguramente no será una sorpresa para ellos. En cada convención pasa lo mismo, así que normalmente sus colegas ya hacen planes aparte para ir y luego hacen apuestas sobre si Rodrigo entrará corriendo justo cuando comienza la sesión o si irrumpirá en el momento menos oportuno, desviando la atención del auditorio.

Durante las pasadas horas no hubo nada más que curvas pronunciadas y un impresionante desfiladero, el cual ofrece una gran panorámica a aquellos intrépidos que se atreven a circular por ese tortuoso camino. Al fin un apeadero aparece en su camino y, por supuesto, Rodrigo no se lo piensa dos veces. Aliviado, estaciona. Al salir del coche hace unos estiramientos e inspira una buena bocanada de aire fresco. El apeadero consiste en una pequeña zona de tierra con una mesa de piedra y una línea de árboles justo al borde del acantilado. Hay una moto aparcada.

Tras una breve mirada, decide que es el modelo Yamaha RD350 y se pregunta qué loco habrá llegado vivo con eso a este inhóspito lugar. Se acerca el móvil al oído y comienza a andar distraído mientras suenan los tonos en el auricular. Atraviesa una zona de césped seco y árboles bajos hasta encontrarse en el extremo del apeadero.

«Desde luego un magnífico mirador», piensa.

Por fin alguien descuelga el aparato.

—Sí...

—¡Qué hay chicos!

—¿Dónde estás? No te estoy viendo aquí, ¿eh? —dice una voz socarrona.

—Esto... Cómo te lo diría...

—OK, que no te esperemos despiertos, ¿no? ¡Menudo desastre estás hecho! ¡Seguro que te has perdido por el camino!

—Pues... para qué negarlo... estoy dando más vueltas que una noria, pero si no fuera así... sería aburrido... Ya sabes que no me gustan las cosas fáciles. Reservadme la habitación... ya llegaré... o al menos creo que al congreso de mañana llegaré...

—¡Madre mía! Te guardaremos sitio...

Tras girar ligeramente la cabeza, Rodrigo se lleva un sobresalto, una mujer está sentada justo a su lado en silencio.

—Esto... Bueno chicos, cuidaos, nos vemos de aquí a un «ratito»... hasta ahora.

Cuelga la llamada y se guarda el móvil en el bolsillo.

—Vaya vista, ¿eh? —dice Rodrigo con la mirada al frente haciendo un gesto, parecido a un silbido, para confirmar lo que acaba de decir.

Solo el silencio responde. Rodrigo dirige la mirada a la chica que está a su lado. Se encuentra sentada justo al filo del acantilado con los pies oscilando en el vacío, la mirada perdida y cabizbaja. Su larga melena oscura no permite ver bien su cara.

Con un rápido vistazo, analiza a la persona que tiene delante. Una mujer de apariencia atractiva, con ropa elegante que seguramente no será barata. No parece muy alta, algo que suele agradar a Rodrigo, pues las mujeres altas le acomplejan un poco. Mientras está absorto contemplando a la chica, ella gira la cabeza causándole otro sobresalto. Una mirada helada se posa sobre la suya unos instantes y sin decir nada vuelve a dirigirse al vacío. Rodrigo está aturdido. La chica tiene la cara descompuesta, ojos vidriosos y rojos de haber llorado amargamente. Ahora simplemente se la ve serena, fría. Rodrigo teme que esté pensando en cometer una locura. No sabe qué hacer, pues nunca se le ha dado bien comunicarse con las mujeres. Tras un instante de silencio, traga saliva y decide romper el hielo.

—Umm... Hola...

El silencio es cada vez más profundo. Saca un paquete de pañuelos y extiende el brazo hacia la chica desconocida. Ella se gira nuevamente, asiente y extrae uno.

—Gracias —dice una voz fina y temblorosa.

—¿Problemas con hombres? ¡Ninguno se merece que estés así por él!

La desconocida menea ligeramente la cabeza hacia los lados de manera casi imperceptible. Después levanta un poco el rostro para mirar a Rodrigo con sus ojos claros.

—No, no se trata de eso.

—Una mujer como tú no debería estar triste. Mírame a mí, gordito, feíto, más pobre que un harapo... ¡Pero vivo feliz!

Un intento de mueca se dibuja en el rostro de la desconocida, tal vez debido a las absurdas palabras de Rodrigo o tal vez a sus gestos expresamente exagerados para darle un aire más cómico. Al menos ahora está sentada de lado mirando a Rodrigo en lugar de al vacío.

—Perdóname si te estoy molestando...

Ella se queda impasible, no hace ningún gesto ni cambia de posición, así que Rodrigo interpreta que al menos la distrae de sus problemas.

—Oye, estoy perdido en este sitio recóndito y como llego tarde a mi destino, no tengo prisa... Te propongo una cosa... mi abuela siempre decía: «Contra las muchas penas, las copas llenas». Propongo que nos vayamos de aquí y en el próximo sitio que podamos parar te invito a a tomar algo. Después, si te apetece, me puedes contar lo que te pasa, ¿qué me dices?

Rodrigo extiende su mano hacia la desconocida animándola a levantarse. Solo quiere separarla como sea del abismo, pues la tragedia parece acechar a la vuelta de la esquina y un mal presentimiento le está creando malestar a Rodrigo. Nota la calidez de la mano de la chica aferrándose suavemente a la suya. En el brazo desnudo puede ver diferentes marcas sobre la piel que se adentran en la ropa, algunas parecen cortes, otras quemaduras, ¿maltrato quizás? En dos segundos la tiene delante. La chica es algo más bajita que él y realmente le parece preciosa, tiene la mirada perdida y una expresión seria. Antes de que se dé cuenta, ella se abalanza sobre él rodeándolo con sus brazos, apoyando la cabeza sobre su hombro.

Rodrigo no sabe dónde meterse ni qué hacer. Lentamente mueve sus manos y las deposita con sumo cuidado sobre la espalda de la chica que lo está abrazando. El tiempo parece detenerse y para él ese instante se hace interminable. Un aroma agradable que emana de la desconocida embota los sentidos de Rodrigo mientras este siente la lenta respiración de ella, completamente desacompasada con la suya, pues cada vez tiene las pulsaciones más alteradas y piensa que si sigue así la cosa, acabará estallando de nervios. Finalmente la chica se suelta y se pasa la mano cerca de la frente apartándose el pelo, cabizbaja, pero algo más serena.

—Bueenooo... —dice Rodrigo—. ¡Pongámonos en marcha!

Ambos comienzan a caminar por el descampado y Rodrigo cae en una cosa.

—¿Has venido con eso? —inquire señalando la moto aparcada cerca del coche de alquiler.

—Sí.

—¿Te ves bien para llevarla?

—Sí.

—Vale, perfecto. ¿Qué te parece si voy yo delante con el coche y me sigues?

—De acuerdo.

Rodrigo se adentra en el vehículo e intenta recordar cómo funciona, pues se siente bloqueado y nervioso. Mientras tanto la chica se está poniendo un casco y acomodándose en la moto. Finalmente, consigue arrancar e incorporarse a la solitaria carretera, pero esta vez acompañado.

Mirando por el retrovisor, contempla la moto que le sigue, aún no se cree que esté pasándole eso. ¡Mañana seré la envidia de todo el congreso!

Desde atrás, la motorista contempla la matrícula del coche que tiene delante y las pegatinas de la empresa de alquiler.

«Desde luego, un chico extraño, pero se le ve buena persona, harían falta unos cuantos más así en el mundo», piensa Anna.

Parece que ese coche que toma las curvas torpemente delante de ella está haciendo brotar de nuevo en Anna la confianza en el ser humano, confianza que había abandonado hacía mucho tiempo, de hecho había perdido aprecio a casi cualquier cosa, incluso a la vida. No puede quitarse de la cabeza cosas espantosas que ha vivido, sentido, visto y oído. Ese hombre le ha tendido la mano, pero ella ya no tiene fuerzas para seguir adelante. Se está plegando en una curva cuando vuelve a sentir ese frío intenso, casi polar, que recorre su cuerpo a pesar del cálido aire de aquella noche y su curtida chaqueta de motorista. Ella sabe que nunca la dejarán en paz. Siente un dedo deslizándose juguetón y amenazante por su espalda y reconoce que pronto tendrá que enfrentarse a su destino de nuevo, sin poder evitarlo, como cada día y cada noche desde hace años. Ella solo quiere cerrar los ojos y descansar.

Rodrigo no cabe en sí de alegría, quiere pellizcarse, aunque le asusta la idea de hacerlo, pues teme que todo sea tan solo un bonito sueño. No ve el momento de encontrar un área de servicio para bajarse del coche y volver a tener a esa chica delante, hablarle, escucharla, saber qué le pasa y poder ayudarla; nunca ha querido algo tan intensamente en su vida. Por enésima vez mira por el retrovisor para contemplar a la musa que le lleva a un estado casi de embriaguez, sueño y calma. Ahí está ella saliendo de una curva con una precisión total, como lleva haciendo durante todo el trayecto. Pero esta vez algo pasa. La mente de Rodrigo tarda en asimilar lo que está sucediendo cuando ve cómo la moto cambia de carril arrimándose al borde de la carretera hasta finalmente salirse de esta cayendo al vacío. Un escalofrío recorre su cuerpo mientras clava los frenos, haciendo colear el vehículo, y grita con todas sus fuerzas.

Capítulo 2

Abel

Una oscuridad total y profunda invade la habitación, excepto haces de luces que entran por los resquicios de la persiana. Me revuelvo molesto en el colchón empapado en sudor frío.

—¡Bah! ¿Aún estoy vivo? ¡Puag!

Intento incorporarme poco a poco, me llevo una mano a la cabeza y emito un gemido de queja mientras todo a mi alrededor da vueltas. Finalmente consigo mantenerme en pie y atravieso la estancia pisando una masa blanda de bilis y trozos de fruta.

Al abrir la puerta una abrasadora luz intensa me ciega. Molesto, corro todas las cortinas del piso, pero la maldita luz sigue irritándome y la garganta me arde como si estuviera hecha de sal. Balanceándome de un lado a otro me adentro en la cocina y me apoyo en la nevera; me detengo unos segundos, miro los dibujos que hay sujetos con imanes sobre la superficie y la abro.

—Ven aquí, bonita, tú nunca me fallas.

Saco de la nevera una botella de absenta y con disgusto observo que está casi vacía. Tras una serie de tumbos, tropiezos y maldiciones, me dejo caer en un sofá del comedor. Mi cuerpo parece pesar toneladas, me llevo la botella a la boca y levanto el codo para dar un largo trago; justo en ese momento me doy cuenta de algo.

—¡Mierda!, itengo humedades!

Hay una mancha oscura en el techo encima de mi cabeza, desafiante, creciendo inexorablemente a un ritmo imperceptible ante mi completa pasividad. De hecho, al dejar la mirada perdida en el centro de la misma, da la sensación de que va expandiéndose cada vez más hasta cubrirlo todo.

Los recuerdos inundan mi mente, siempre sucede, y como no podía ser de otra manera me transportan al mismo fatídico día, aquel en el que vi a Anna en el ataúd. Ella estaba allí, pálida como la nieve, irradiando serenidad, tan bella como siempre había sido. Ni una sola lágrima resbaló por mis mejillas ese día. Simplemente me quedé allí de pie, mirando impasible como si aquello no estuviera sucediendo realmente, mientras los demás estallaban en llantos de agonía y tristeza. Una furia silenciosa

se fue apoderando de mí, y desde entonces solo el odio es el motor de mi existencia y la venganza mi motivación. Y allí estaba Rodrigo, un joven investigador que se dirigía hacia una conferencia cuando coincidió con mi hermana en la carretera. No conocía ni su nombre, pero estuvo horas al lado de Anna en un escarpado barranco hasta que llegó el helicóptero de rescate. Anna, Anna... siempre fue una chica curiosa y amante de lo desconocido, le chiflaban los enigmas por resolver. Recuerdo que cada vez que iba a visitarla me leía una predicción con su baraja del tarot.

Una vez me dijo que una rubia entraría en mi vida y ese verano, curiosamente, estuve liado con una sueca que vino aquí a aprender español y en busca de sol y sangría. Desde luego, ella no aprendió ni papa de español ni yo de inglés. Las últimas veces que estuve en el piso de Anna, se me erizaba el pelo. Allí llegué a ver cómo, para mi sorpresa, se movían inesperadamente sillas, libros... Ella no podía evitar reírse de mí cuando veía mi cara estupefacta e incrédula ante lo que tenía delante. De hecho no me despegaba de ella para nada mientras estaba ahí dentro y menos para ir a la cocina, de donde solían provenir aquellos ruidos que me dejaban helado. A ella, en cambio, le encantaba sentirse poderosa cuando iba delante de mí, tan pequeña como se veía a mi lado, protegiendo a su hermano mayor que le sacaba dos palmos de altura de las fuerzas sobrenaturales. Ella solía decir: «Si estuviera aquí James Randi, ¡me forraba!».

Un fuerte ruido me devuelve a la realidad y a la enorme mancha que sigue desafiante encima de mí. El teléfono lleva sonando insistentemente desde no sé cuánto tiempo.

El ruido resuena como si me encontrara justo dentro de un campanario y los tonos me martillean el cerebro, parece que sonaran campanadas dentro de mi cabeza. Avanzo torpemente hacia la mesa y descuelgo el teléfono simplemente por acabar con ese ruido que me castiga cruelmente. Hago un esfuerzo por aclarar algo la voz e intentar mantener la compostura.

—¿Sí?

—Hola, hombre de las cavernas, ponte algo que no huela y ven al Rumores, te espero para comer.

—Vale.

—No tardes.

—Sí.

Cuelgo el teléfono y lo dejo en la mesa. Un vistazo al reloj de la pared me hace saber que son cerca de las dos del mediodía. Cómo pretende mi

hermanito que salga a estas horas a la calle, con ese sol plano que debe hacer. Desde que pasó lo de Anna, decidí no salir de mi casa excepto para ir de bar en bar cuando se pone el sol o para averiguar algo sobre los culpables del final de Anna.

Mandé a freír monas a mi jefe por teléfono y desde mi cama. Nunca abrí la puerta a mis compañeros cuando trataron de visitarme y mi hermanito pequeño se volvió protector conmigo. Al menos él tiene una buena vida, le va muy bien laboralmente, está casado con una mujer hermosa y nos dio una preciosa sobrina. Siempre pensé que sería Anna la primera en dar ese paso, pero ella fue un alma libre, sin ataduras, como yo.

Rebusco entre los montones de ropa tirados a lo largo del suelo. Quizás encuentre algo que no huela a muerto y que no esté excesivamente arrugado. Doy con una camisa blanca, de esas que no se planchan y que pueden dar el pego, y un tejabo de color oscuro que casi se mantiene solo en pie, pero que me servirá. Una buena ducha y bastante desodorante me hacen sentir más seguro para poder salir. Tengo la puerta a dos palmos de mis narices, el mundo exterior me espera al otro lado. Doy media vuelta y regreso al sofá para apurar un último trago de la botella. Ahora sí que estoy listo.

Estoy cruzando las dos calles que me separan del restaurante donde me espera Carlos. No soy muy alto, pero la anchura de mis espaldas junto a las enormes gafas de sol, la barba descuidada y el resto de la apariencia general me confieren un aspecto algo fiero; la gente me mira con aire desconfiado al pasar. El parque que hay a medio camino está lleno de ruidosos niños jugando con gritos estridentes que se me clavan en el cerebro, mientras sus padres están mirando sentados a la sombra. ¡Menuda insolación van a coger esos puñeteros críos! Una obra también se interpone en mi camino y, oportunamente, un obrero usa su martillo percutor contra el asfalto regalando a los transeúntes más decibelios de los que pueden soportar y mucho polvo que aspirar de postre. Solo me consuela pensar que el pobre trabajador no lleva ningún tipo de protección, ni para los ojos ni para los oídos, la codicia de su patrón se encarga de que ese hombre reciba su castigo por molestarme. Sí, a esas horas odio todo lo que se me pone por delante. Cruzando la acera ya puedo ver la puerta del Rumores. Este restaurante tiene una terraza interior muy tranquila, la verdad es que mejor sitio no podría haber escogido.

Carlos es un remanso de paz encerrado entre paredes de piedra y enredaderas. Bastantes personas están sentadas plácidamente a la sombra de los parasoles dando cuenta de las habilidades culinarias de la cocinera, que realmente pone empeño en lo que hace. Carlos levanta un brazo para hacerse ver en cuanto accedo a la terraza, me espera en una

mesa servida con comida ligera y agua... Tan detallista como siempre.

—Hola, mendrugo. ¡Menudo estropicio humano! Pero ¿te has visto? Siéntate anda que vas a asustar a la gente.

—Yo también me alegro de verte, hermanito.

Arrastro la silla metálica por el suelo de piedrecitas haciendo un ruido considerable, me aposento en ella, me acomodo y miro el plato que tengo delante.

—Así que arrocito hervido y pescado... Qué bien...

—Sí, no es que esté en la carta, pero la Mati es casi como nuestra madre, al final la pobre nos cocina lo que le pedimos.

Me encuentro en una situación estomacal algo ambigua, tengo un fuerte dolor en parte de hambre y en parte de malestar, pero algún nutriente dentro me estabilizará y no quiero hacerle un feo a mi hermanito. De modo que me esfuerzo por empezar a comer sin prisas ante la aprobación de Carlos, que se alegra notablemente cada vez que me llevo el tenedor a la boca.

—¿Qué tal está el monstruito?

—Nadina está muy bien, feliz como siempre. Dice que echará de menos a sus amiguitos durante las vacaciones. ¿Tú te lo crees? A ver si se acuerda de ellos cuando esté en la playa.

—Sí, esa con ver el mar y sorber un heladito es feliz.

—Por cierto, mañana la llevaremos a una feria que han puesto y no para de preguntar por su tío, tienes que acompañarnos.

—Se volverá loca con las colchonetas. Bueno... Miraré mi agenda y... si encuentro algún hueco... tal vez me lo piense.

Carlos sigue comiendo sin prestar atención a mi comentario, es un «sí o sí» de los suyos, de los que no hay escapatoria posible. En realidad, me apetece ver a esa bicheja, pero me encanta fastidiar a mi hermanito.

—¡Siempre con tu instinto ocupacional! —Me paso la mano por la cabellera mientras dejo salir un soplido—. ¿Sabes, Carlitos? Los numeritos y los business no son lo mío; yo soy un hombre de acción. —Acompaño la frase con un gesto del brazo y un guiño para enfatizarla más—. Además, voy a chupar todo lo que pueda de la vaca estatal... Si puede ser hasta dejarla

seca.

—Bien, bien, me tranquiliza enormemente ver que tienes un plan de futuro tan preciso y estable montado. Oye, solo piénsatelo, ¿vale? Pásate cuando quieras.

—Pero... ¿Quién está aquí? ¡¡Hola, pequeñín!!

Mati ha salido de la cocina para saludarme, es una sexagenaria muy vital, demuestra una fuerza insólita cada vez que me da un abrazo de los suyos. Luce un vestido azul claro con topes blancos y calza unas alpargatas. Antaño habíamos ido mucho a comer a esta misma terraza; Mati siempre se sentaba un rato con nosotros y me pedía que le contara alguna «hazaña» de mi trabajo, aunque la verdad es que siempre acabé más veces rescatando mascotas o sacando personas de un ascensor averiado que luchando estoicamente contra fuegos infernales en un rascacielos. Ella, en cambio, siempre nos hablaba de sus nietas del sur y nosdecía que fuéramos un día a la recogida de las olivas. A mi hermano le divertía ver cómo cada día Mati contaba las excelencias de algún familiar diferente. Un día hicimos una porra sobre cuántos miembros tendría su familia, pero nunca llegamos a preguntarlo. Después de alabar la comida de Mati y agradecer a mi hermanito su buen gesto de pagar, salimos del restaurante y nos despedimos. Él hacia el trabajo, yo... ahora tengo demasiadas horas por delante y el día se me hace eterno. Me llevo el móvil al oído y pronuncio el nombre de una de las pocas personas con las que sigo manteniendo relación al margen de mi hermano: «Rodrigo».

Ruido de marcado y tonos... muchos tonos... Suerte que no tiene activado ningún servicio de contestador.

—Sí.

—Hola, gordito.

—Hombre, pero si es míster simpatía, ¿qué se te ofrece, caballero?

—Necesito oír algo inteligente, ya sabes... tengo demasiado tiempo a mis espaldas... Y me pesa más que un muerto orondo.

—OK, OK, vamos que quieres friquear sobre Star Treck, aunque no quieras reconocerlo... No pasa nada, pero sigo pensado que Spock es un mariquita. Cuando acabe lo que estoy haciendo, me paso por ahí y hacemos una cervecita.

—Vale, profesor chiflado, pero cuidado con la cebada que se te va la operación bikini al carajo.

Bien, aún queda mucho tiempo por delante hasta tener el próximo contacto humano, cada segundo vacío que pasa es como una bofetada y cuando llevo un rato deambulando por la calle, me siento linchado; tengo que hacer algo, el tiempo es demasiado cruel conmigo. Mis pasos me llevan hacia la biblioteca pública del barrio, aunque reconozco que previamente me han llevado a un restaurante turco donde he comprado una pita para comer por el camino. Al fin podré sacarle partido al carné de la biblioteca, del que soy poseedor desde hace muchos años. La verdad es que me costó encontrarlo, pero al final lo conseguí rebuscando entre los cajones. Recorro los estantes y extraigo los libros que veo relacionados con el tema que me ocupa, los llevo entre mis brazos como si ellos fueran pequeños seres huérfanos que necesiten de mi protección. Pronto me encuentro en una mesa tranquila rodeado de varias pilas de libros. Una buena luz entra por los ventanales, a través de ellos se vislumbra una fea escena industrial, sin embargo, agradezco realmente no depender exclusivamente de la fría y débil luz de los tubos fluorescentes. Comienzo a hojear los libros para ver cuáles me interesan, anoto en una hoja que pedí a la bibliotecaria los puntos que me llaman la atención. Llevo mucho tiempo haciéndome preguntas, ya es hora de encontrar respuestas. Viéndome en esta mesa, rodeado de libros esotéricos y de ocultismo, me imagino a mí mismo como el protagonista de una serie de esas en las que brujas buscan el hechizo certero y fulminante para exterminar demonios, nosferatus y cualquier otra criatura del inframundo que se ponga por delante. Todo aquello que anteriormente me aterraba, ahora solo despierta en mí odio, un odio creciente y descontrolado. Según los resultados forenses, Anna tenía múltiples contusiones y heridas por todo el cuerpo. Decidí dejar de ir a su piso hace mucho, en especial cuando me dijo orgullosa que tenía un «inquilino». Parece ser que contactó con él mediante la tabla güija y cada noche hablaban y ella hacía muchas preguntas. Me invitó a conocerle, pero desde luego la sola idea de sentarme a tener una tertulia con un espectro me erizaba la piel. Con el tiempo, Anna dejó de llamar, cada día estaba más apagada por lo que contaron las alcahuetas de las vecinas de la finca. Algunas pensaban que quizás Anna tenía un amante violento que la trataba mal, no obstante, nadie vio nunca a ese supuesto hombre. Según otras, Anna acabó convirtiéndose en una especie de títere de esos seres degenerados con los que entabló contacto, un juguete con el que pasar el tiempo y descargar sus frustraciones. Nunca sabré del todo qué llegó a ocurrir en ese piso durante todo aquel tiempo, sin embargo, estoy seguro de que debió de ser una tortura para ella. Eso no puede quedar así. Ahora estoy deseoso de tener a esos mal nacidos delante, pero no para tener una amena charla precisamente. Este es el motivo por el que debo descubrir todo lo posible sobre esos bastardos antes de poder aniquilarlos. Sin una causa aparente, echo un vistazo a mi reloj de pulsera, ¡vaya!, ya tendría que estar con el científico chiflado. Dejo todo tal y como está en la mesa y salgo disparado de la biblioteca.

Allí está Rodrigo, sentado en un banco mirando plácidamente los tonos anaranjados del firmamento a última hora de la tarde. Me acerco sigilosamente por detrás con alguna travesura en la cabeza, sin embargo, en el último instante cambio de idea y opto por no darle ningún sobresalto.

—¡Pero no te da vergüenza! Vagueando ahí tirado sin hacer nada
—increpo exagerando para parecer escandalizado.

—Te equivocas completamente... —argumenta tranquilo y sonriente sin mover su vista del firmamento—. Aquí donde me ves, estoy siendo sometido a una aceleración de trescientos metros por segundo, solo que no nos damos cuenta de la rotación de la tierra.

—Sí, sí, lo que tú digas, pero la primera ronda va de tu cuenta. Y ahora levántate, anda...

Entramos en la taberna, es un sitio a la vieja usanza: jamones y diversos embutidos cuelgan del techo, olor a queso rancio y vino inundan la estancia. Las vigas de madera son tan auténticas como los fieles parroquianos, que ni ellos mismos deben de saber desde cuándo van allí a por su ración de descanso y olvido. Rodrigo es un personajillo peculiar, bajito, rellenito, lleva unas gafas que parecen minúsculas ante su prominente y redondeada nariz y lo grande de las facciones de su rostro, solo le falta una sotana y algo menos de pelo para ser el frailecillo bonachón del cuento de Robin Hood. A veces, como en esta ocasión, lleva camisetas de colores llamativos con frases ingeniosas o dibujillos curiosos referentes a algún icono del cine o crítica social. Hoy toca un dibujo de una antena que se va iluminando si detecta la presencia de redes wifi. Desde luego ese aspecto no le confiere ni un ápice de seriedad, pero Rodrigo realmente es una persona muy seria y dedicada. Además se le ve contento, tal vez por las raciones de queso manchego y vino que tenemos sobre la mesa.—¿Qué tal os va con vuestros juegucitos de Quiminova, cerebrín?

—La verdad es que estamos teniendo resultados favorables y por primera vez en mucho tiempo estamos empezando a pensar que este proyecto acabará por dar fruto y ver la luz.

—Yo lo siento, pero creo que todo eso que me contaste es un poco inverosímil, por no decir peliculero. Yo creo que, en realidad, habéis buscado una excusa para obtener subvenciones y luego os encerráis en el laboratorio para jugar a los dardos y beber cervezas.—No es mala idea, lo tendremos en cuenta para próximas investigaciones. Hace años sonaba absurdo que una masa más densa que el aire pudiera volar y hoy en día todo el mundo hace viajes en avión sin pestañear. O por ejemplo... todo el mundo ve la televisión cada día, pero pocos podrían explicar cómo

funciona realmente por dentro.

—Bueno, yo siempre he pensado que dentro del televisor había enanos que se caracterizaban antes de salir por la pantalla... Lo único que tengo claro es que voy a la tienda, pago y me dan uno.

—Sorprendente disertación, Abel... La verdad... es que el problema que trata de resolver nuestro equipo es bastante complejo y hay muchas cosas en las que estamos a ciegas, pero vamos avanzando a un paso enorme.

—Sí, bueno, permítame discrepar de su opinión, estimado colega.
—Intento buscar un tono de voz y un gesto que me confiera un aire de entendido—. Pero el tiempo no existe, es solo un concepto en la cabeza del hombre para optimizar todo lo que se hace durante el día.

—Bien... en realidad, generalizando un poco... mucho... la cosa es bien sencilla. Una partícula —dice levantando el brazo y dándole a su mano forma de «partícula»—, para desplazarse está siendo sometida a una aceleración en diferentes planos, como ancho, largo y profundidad; unos pueden ser positivos y otros negativos. Seguro que en el cole situabas puntos en función de tres coordenadas X, Y y Z... pues bien, al margen de esto, hay otro plano/dimensión, el tiempo; solo que no solemos tenerlo en cuenta, pues siempre es positivo. Pero en nuestro caso, nos centramos en ese factor, pues justamente buscamos obtener un movimiento negativo en dicho plano manteniendo el resto inmutables.

—Clarísimo, Einstein, y qué pasa con el movimiento positivo de ese plano, ¿no queremos viajar al futuro para salvar a los nietos de McFly?

—Los valores positivos no nos interesan, realmente viajar al futuro es fácil. Por ejemplo, si quiero saber qué pasará mañana, no tengo más que sentarme y esperar a que sea mañana pues continuamente nos movemos positivamente en ese plano. Además el futuro se está construyendo continuamente; para poder cambiar algo es preciso conseguir que aquello nunca hubiera sucedido.

—Así que... haréis un cuerpo de «agentes del tiempo»... Yo tengo mucho tiempo ahora, ¿me podrías enchufar ahí? —Acompañé mi tono burlón con un guiño.

—No, no... nada de enviar a quién sabe quién, capaz de destruir el presente si no anda con cuidado y menos... a ti... ¡que a saber qué lías!... los equilibrios del universo son realmente frágiles y en estos aspectos no tenemos del todo claro las consecuencias que puede tener cualquier actuación, por pequeña que sea. El objetivo del proyecto PROFETA es otro... Imagínate esto por un momento. —Se le ve realmente entusiasmado mientras explica sus teoremas y yo aprovecho para apurar

mi copa de vino y servirme otra—. Hay personas que han enterrado objetos cotidianos de su época y han dejado un mensaje para las generaciones futuras que pudieran encontrarlos y así contar cómo era la vida en su tiempo. A eso se le llama «cápsula del tiempo».

La idea de que el ser humano pueda saber dentro de miles de años cómo éramos nosotros... no está mal..., pero la encuentro poco útil pues puede que con el tiempo el ser humano deje de existir; mejor sería contárselo a las generaciones pasadas para que corrijan sus errores y no lleguen a nuestra situación. PROFETA fue concebido para proteger a la humanidad de sí misma antes de que se autodestruya. Rodrigo acaba su explicación mirando con decepción el plato que tiene, poblado únicamente por unas pocas migas de queso, donde hace muy pocos instantes había una ración considerable.

—Vaya, ahora tendrás que moverte negativamente en el tiempo para comerte esos quesos antes que yo... ja, ja, ja... Bueno, además, ¿tú crees que los Gobiernos cambiarían algo, aunque les bajara un ángel del cielo y les dijera qué hacer?

—¡La naturaleza del ser humano! Creo que es lo más impredecible que existe en todo el universo, el egoísmo es capaz de cegar a las personas, aunque a veces la razón y el amor pueden interponerse. Sea como fuere, al menos debemos dotar a la humanidad de esa oportunidad, y vaya... al menos para eso me pagan... ¡que es lo más importante! Si no ya me dirás quién iba a costear esos quesos que estás disfrutando a mi costa.

Las rondas de vino se van sucediendo, de las cuales puede que pagara una... Rodrigo parece contento con sus avances en el trabajo y eso me parece motivo más que justificable para celebrarlo. No sé muy bien a qué hora he llegado frente a la puerta de mi casa, pero no hubiera sido posible, si no fuera porque mi amigo pidió un taxi, me metió dentro y le soltó guita al conductor para que me dejara aquí. Un tío simpático el taxista... No recuerdo de qué carajo de país era, pero creo que en lo poco que duró el trayecto, le conté todos los proyectos ultrasecretos en los que trabaja Rodrigo.

De todas maneras nadie se creería algo así, y menos proviniendo de un individuo en mi estado. Después de algunos instantes de batalla entre el cerrojo y yo, consigo demostrar quién manda e introducir airoso la llave en su correspondiente orificio. Un par de vueltas y... ¡en casa! Nada más atravesar el umbral de la puerta un aroma a lavanda topa con mis narices a modo de bienvenida. Cierro la puerta detrás de mí e inspecciono por encima el piso. Los resultados son gratamente sorprendentes: los montones de ropa que ocupaban el suelo han desaparecido y se han convertido en montoncitos de ropa limpia, planchada y ordenada que llenan los cajones del armario. La cocina está perfecta y toda la cubertería limpia y dispuesta. Parece que Carlos ha contratado de nuevo a una

asistente para que se encargue del piso mientras no estoy. En momentos como este me alegra enormemente que disponga de copias de las llaves de mi piso. Donde la pobre señora tuvo que hacer mayores esfuerzos con seguridad fue en mi cuarto, ahora una perfumada cama con sabanas planchaditas me espera.

Me paro delante de la nevera y contemplo durante un rato los dibujos enganchados con imanes sobre la puerta. Un hombre grande de amarillo cargando a otra persona saliendo de las llamas... ese era yo. La pobre Nadina siempre idolatró a su tío; tengo que acostarme ya y levantarme a tiempo mañana. ¡No puedo fallarle!

Capítulo 3

Obsesión

Una molesta melodía me arranca del mundo de los sueños y el descanso para devolverme al inhóspito mundo real.

Extiendo el brazo hasta alcanzar el teléfono móvil para detenerla y me doy la vuelta. La puñetera melodía insiste. Voy a parar el despertador de nuevo cuando caigo en que esa melodía es una llamada telefónica; en la pantalla leo «Carlos», así que aprieto el botón de aceptar y me acerco el terminal al oído.

—Sí...

—Te doy media hora, ¡ioso panda!, levanta ese pesado culo y ven hasta aquí.

Estoy tumbado con el teléfono aplastado contra mi oreja, oyendo el absoluto silencio tras colgar mi hermano con la certeza de que voy a llegar tarde. Tras unos segundos de inactividad, me levanto de golpe, busco algo que llevarme a la boca para aguantar sin desfallecer, me aseo y visto en un tiempo récord, digno de la época en la que tenía el mejor tiempo de respuesta en el parque de bomberos. Una de las pocas cosas que me importan en esta vida es Nadina y no quiero decepcionarla.

Llego al punto de encuentro sin ningún contratiempo. Carlos y su esposa me esperan estrictamente en el lugar acordado, ni un metro más ni un metro menos. Me mentalizo para escuchar cualquier tipo de reprimenda mientras camino los últimos pasos que me separan de ellos. Contra todo pronóstico sonrisas y cálidos saludos me dan la bienvenida. Súbitamente una rápida fierecilla se me tira encima sin dejarme tiempo de reacción. Antes de que pueda darme cuenta, tengo a una preciosa niña rubia colgada del cuello dándome besitos.

—¡¡¡Hola, tío Abel!!!

—¡¡Hola, pequeño bichejo!!

—¡No soy un bichejo!

—¡¡¡Sí que lo eres!!! —digo poniendo voz de ogro.

—Vamos —comenta Carlos justo cuando la sonriente Nadine está

suspendida boca abajo sujeta por un pie.

Coloco al pequeño monstruito sentado en mis hombros y camino junto a la idílica pareja. Carolina es una mujer de buena planta, delgada, rubia y muy seria. Le gusta el orden y las cosas medibles y controlables. A pesar de la apariencia distante y fría, es cariñosa con los suyos. Da gusto ver a Carlitos caminar con semejante mujer a su lado. En lo que habitualmente es una agradable y tranquila plaza, ahora hay un enjambre de ruidosos niños gritando, riendo y llorando indistintamente, y padres mirando, riñendo y conversando entre ellos. Hay varias atracciones, las predilectas de Nadina son las colchonetas o las estructuras infladas donde pueda tirarse y rebotar contra suelo y paredes. Yo creo que esta niña va para «gladiadora americana».

Todo discurre con tranquilidad: cambio de dinero por fichas, recorrido por las atracciones... hasta que Nadina se detiene ante un enorme carrusel de época con bellas pinturas, colores vivos, una musiquita absorbente y que da unas vueltas que parece que vaya a centrifugar a los niños. Cuando la pequeña dice que quiere montar acompañada, su padre y yo nos miramos; no nos gustan las cosas que dan vueltas sobre sí mismas. Por suerte, su madre la toma de la mano y suben. Algo aliviados, Carlos y yo nos sentamos en una posición estratégica y contemplamos la escena. Las Amazonas rubias cabalgan caballos multicolor a gran velocidad, temo que la fuerza centrífuga las expulse ferozmente del carrusel. Nadina luce una bella sonrisa que contemplamos orgullosos desde nuestro asiento.

—Hacía tiempo que la niña no te veía.

—Soy un hombre ocupado. Es increíble lo rápido que crecen, dentro de nada te traerá un hombre a casa.

—No quiero pensar en ese momento aún, preferiría que mi pequeña no creciera nunca. Oye, respecto a lo que hablamos el otro día, mi ofrecimiento sigue en pie, cuando quieras, pásate por mi oficina.

—Oído barra. Quizás algún día me pase.

El pequeño clon rubio de Carolina se acerca a mí para despedirse. Me agacho para recibir sus besitos, pero eso no sucede. Se para, mira en su bolsillo y extrae algo multicolor. Me estira el brazo y me ata una pulsera.

—La he hecho para ti —me dice.

—Es el mejor regalo que me han hecho nunca —respondo sonriente mientras le doy un abrazo y la beso.

Los tres se despiden y se alejan a paso lento. Observo mi brazo, miro la pulserita trenzada a mano de mi sobrina. No pienso quitármela ni para

ducharme. Quiero con locura a esa chica y me ha ayudado a pasar una mañana digna de una vida feliz, pero nada más despedirme de ella y sus padres, siento que no logran llenar ese inmenso vacío dentro de mí que una vez más me llama en busca de venganza. Subo lentamente la escalera de mármol.

Frente a mí una estatua femenina sustentando una antorcha preside el vestíbulo de entrada de la biblioteca masónica. Una clara representación de la luz que buscan entre la oscuridad del conocimiento.

Me adentro en una de las salas de lectura. El ambiente está completamente calmado, el polvo reposa tranquilo sobre ejemplares de libros centenarios en los estantes de madera de roble. Solicito los volúmenes más representativos sobre las temáticas «espíritus» y «vida y muerte». Pronto me encuentro en un escritorio clásico de madera rodeado de libros antiguos. Los masones eran conscientes de lo limitada que es la percepción humana sobre todo aquello que le rodea, por eso, muchos de ellos, acudían a alguien que pudiera explicar las cosas desde otra perspectiva más amplia. A ese método de recibir conocimiento lo llamaron la «ciencia espírita». Durante el siglo XIX se puso de moda en las altas esferas culturales europeas la investigación de lo paranormal. Las hermanas Fox crearon un sistema estable de mediación con los espíritus que se fue perfeccionando. Posteriormente se fueron registrando todas las entradas de datos provenientes de las sesiones para contrastarlas y clasificarlas. Con los años se crearon unas tablas y una categorización de los tipos de espíritus en función de sus respuestas.

Más tarde, Allan Kardec escribiría un libro con las principales ideas del movimiento. A grandes rasgos, según apunté en mi libreta, se anotaron las respuestas de una gran cantidad de espíritus y luego se contrastaron los datos. Muchos eran contradictorios. Se identificaron varios tipos de mentes, unas eran toscas y a veces no realmente conscientes de su situación o parecían mentir, mientras otras eran más elegantes en su manera de expresarse y podían responder más cuestiones. Establecieron pues una especie de sistema de reencarnación. El mundo físico solo era un sitio donde las almas se perfeccionaban. Una vez liberadas, en función de su estado de perfección, podían ser más toscas y terrenales o más elevadas. Las inferiores tendrían comportamientos bajos y estarían más alejadas del Creador, mientras que las más refinadas serían más exquisitas y tendrían un mayor conocimiento y cercanía con él. El objetivo final de las continuadas perfecciones sería el de llegar a la iluminación total y comparecer ante en el Gran Arquitecto del Universo.

Después de horas investigando no consigo ver nada útil, si mis enemigos son espíritus difuntos impuros..., ¿se puede matar a alguien que ya está muerto? No me gusta nada la idea de que esos imbéciles puedan ser inmortales. Debe de haber una manera de agarrarlos por donde más les

duela y apretar bien.

«Bzzzzzz...».

El zumbido de mi teléfono vibrando en la mesa se oye por toda la sala. Lo cojo y miro qué sucede. Hay un mensaje de Rodrigo: «Sesión doble de pelis antiguas tirada de precio, vente». Tras leer el mensaje, decido que estoy un poco harto de tanto ser etéreo y que me irá bien despejarme un poco. Recojo todos los libros consultados, me despido y salgo de la biblioteca. Un aire fresco y agradable me acaricia la cara al salir. Esto es una tregua, sé que mis investigaciones acabarán dándome algo útil tarde o temprano.

Me encuentro con el gordito bonachón en un centro cultural. Dan dos películas al precio de una. Esa es una ecuación ganadora que nunca falla. Buscamos sitio entre manadas de adolescentes,

familias y tipos con apariencia estereotipada intelectual: barba, gafas de montura ancha, tejanos, camiseta y americana. Logramos una posición bien centrada y sin vecinos demasiado molestos. La primera película ya la había visto en su día, pero reconozco que me gustó volver a visionarla. Respecto a la segunda..., anuncian un cambio de última hora y tras la conocida melodía, aparece el título: Los cazafantasmas. Rodrigo me mira sonriente.

—Ja, ja, ja... no puede ser, qué majos, esta película está dedicada a ti.

—Estoy hasta las narices de seres ectoplasmáticos.

—Hay que reconocer que es un gran largometraje. Todo un clásico.

Los minutos van pasando y cada vez envidio más a los protagonistas. Me encantaría hacerme con un arma de gran potencia capaz de freír a esos mal nacidos, sean quienes sean.

—¿Tú crees, señor científico, que es posible destruir espectros?

—No tengo ni idea, hay muchas cosas que no conocemos, apenas ahora estamos entendiendo la relación entre la materia y la energía, quizás con el tiempo se descubran más elementos.

Nos despedimos tras la curiosa velada. En casa tengo ahora un escritorio invadido por libros. Echo un vistazo y los voy clasificando en función de cuáles me pueden interesar más y de paso los ordeno. Reviso las notas que tengo por el momento. Veo un libro que aún no he hojeado, lo cojo: Santos Escrituras, reza la tapa. Lo contemplo unos segundos mientras lo

sostengo en el aire. No sale humo de mis manos, buena señal. Nunca pensé que leería esa obra en concreto. Lo abro con cautela, letra pequeña y sin dibujitos. Voy a la parte final, siempre me gustó destripar los finales. Encuentro algo interesante, tras el último libro hay un listado de palabras, por cada una sale la ubicación de las diferentes partes donde aparece. Esto puede serme útil. Tomo la libreta y empiezo a anotar palabras clave que me interesan, entre ellas, alma, ángel, cielo, demonio, diablo, espíritu, Satanás... Después comienzo a buscar las correspondencias, tomo nota de la información y la clasifico por temas que me parecen relevantes. Las horas pasan y Dios crea los cielos y la tierra, y Satanás trae calamidades a Job, pero este se mantiene fiel y los demonios preguntan a Jesús si ha venido para lanzarlos al abismo y hay guerra en los cielos, y Miguel y sus ángeles luchan

Capítulo 4

Gracias por interesarte en esta obra.

Puedes encontrar la novela completa en amazon.

Sígueme en twitter: **arnaudonaire**

Instagram: **arnau_donaire**